

para Italia y Africa, y á su sobrino Maximino para el Asia. Majencio, hijo de Maximiano Heracleo, y Constantino, hijo de Constantio, fueron completamente olvidados. Pero ya en 306, Majencio era proclamado emperador en Roma, mientras que Constantino, cuyo padre había muerto, lo era en Inglaterra. Galerio no reconoció al último sino como César, y contra el primero envió á Severo, que fué abandonado y asesinado por su ejército (307). En Italia, Majencio dividió el poder con su padre, que había entrado de nuevo en la vida pública, pero al poco tiempo surgió la desavenencia entre ellos. En 307 Galerio asoció al imperio á Licinio, y le encargó la guerra contra Majencio. En Oriente Galerio continuaba persiguiendo á los cristianos, y su César Maximino rivalizaba con él.

Entre los mártires de este tiempo encontramos á los Obispos Pedro de Alejandria, y Fileas de Tnuis, otros tres Obispos de Egipto, Hesiquio, Paquimio y Teodoro, los sacerdotes Peleo y Nilo, Pánfilo de Cesárea, Luciano de Antioquia, Zenobio de Sidon, Silvano, Obispo de Emesa, que fué con otros cristianos arrojado á las bestias feroces; Tyrano, Obispo de Tiro, Silvano de Gaza, que fué decapitado con otros 30 cristianos de Palestina; las vírgenes Barba en Heliopolis de Fenicia, Catalina en Alejandria, Margarita en Pisidia; los Obispos Metodio de Tiro y Blas de Sebaste en Armenia.

Maximino Daia comenzó la guerra contra el rey de este último país, convertido al Cristianismo (311). Su plan era aniquilar cuanto pudiese llevar nombre de cristiano, y ya antes (308) había ordenado rociar con el agua ó el vino que se ofrecía en los sacrificios todos los comestibles que se vendían en el mercado, á fin de hacerlos inaccesibles á los cristianos. En Italia y Africa la persecucion se recrudeció bajo el reinado de Severo. Majencio, al principio favorable á los cristianos, y despues hostile, tirano y voluptuoso á la vez, hizo condenar á muerte á muchos senadores romanos. En Africa las autoridades se limitaban casi siempre á quitar los libros santos, y consentían muy de grado en que fuesen sustituidos con libros heréticos. Muchos cristianos perdieron la vida por exceso de celo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 76.

Euseb., VIII, 9-13, 14; IX, 6; Acta sanct., 6 Febr., I, 777; Tillemont, V, 446, 463, 466. Del Africa tenemos las *Acta Saturnini*, *Dativi el aliorum* (Miscell. Baluz., t. II), donde las acusaciones se apoyan áun en el primer edicto de Diocleciano. Comp. Neander, p. 83.

Maximino.

77. Fué preciso nada ménos que atacase á Galerio una vergonzosa enfermedad, consecuencia de sus desórdenes, para quebrantar su dureza (311) y arrancarle un edicto de tolerancia. Sus planes políticos habían fracasado; toda la sangre vertida había sido inútil. En las angustias de su dolencia el tirano creía sentir la mano vengadora del Dios de los cristianos. Puso, pues, término á la persecucion, y declaró en un edicto que el designio de los emperadores había sido traer á los cristianos á la religion de sus padres, la cual habían menospreciado para entregarse á un culto arbitrario, y formar diversas sectas. Pero que habiendo persistido la mayor parte de ellos en sus opiniones, y rehusado el honor debido á los dioses, la benevolencia habitual del emperador debía tambien extenderse á ellos; que se les permitia permanecer cristianos y celebrar sus asambleas, pero que se abstendrían de hacer cosa alguna que pudiese perjudicar al Estado, y pedirían á su Dios por la prosperidad de los emperadores y del imperio.

Galerio murió poco tiempo despues de la publicacion del edicto. Los cristianos se dedicaron á restablecer su culto. Maximino dejó el poder á Licinio en la parte europea del imperio, y se reservó las regiones de Asia; igualmente trató de abolir en su territorio el edicto de Galerio adoptado por Constantino y Licinio, el cual, sin embargo, fué sólo en parte ejecutado por los gobernadores. Maximino mismo fué vencido más tarde por Licinio (313), y murió de muerte violenta durante la fuga. Tambien era uno de los más fogosos perseguidores de los cristianos, y despues de la muerte de Galerio prestó eficaz auxilio á las autoridades públicas que pedían el favor de no tolerar dentro de las ciudades ningun enemigo de los dioses patrios, ningun culto extranjero. En muchas ciudades asiáticas los magistrados paganos pudieron encarnarse con toda impunidad contra los cristianos. Los últimos mártires de esta cruel persecucion fueron las víctimas del odio de los emperadores, gobernadores y autoridades municipales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 77.

Lactanc., cap. xxxiv; Euseb., VIII, 17; IX, 1 y sig., cap. vii et seq.; Keim, *Uebertritt Constantius z. Christenth.*, Zurich, 1862, p. 14 y sig. Comprendiendo la de Maximino, pueden contarse diez años de persecucion, 303-313, ó 298-308, como en Sulpicio Severo, II, 32: «Aerbissima... persecutio, quæ per decem continous annos plebem Dei depopulata est, qua tempestate omnis fere sacro martyrum cruore orbis infectus est; quippe certatim gloriosa in certamina rucbatur,

multoque avidius tum martyria gloriosis mortibus quærebantur, quam nunc episcopatus pravis ambitionibus appetuntur.»

Tolerancia de Constantino.

78. A principios del año 312, los emperadores Constantino y Licinio publicaron un edicto de tolerancia, que sin embargo contenía algunas restricciones.

Constantino partió para Italia, y se dirigió contra Majencio, que le había ofendido personalmente, y se había hecho en extremo odioso a los romanos. Vencióle en 28 de Octubre, en 312, cerca del puente Milvio, sobre el Tiber. Majencio encontró allí la muerte, y Constantino entró triunfante en Roma. Aseguró, bajo juramento, que en una vision milagrosa que había tenido ántes había visto en el firmamento, por encima del Sol, una cruz luminosa y una inscripcion que decía: «Con esta señal vencerás.» A la noche siguiente, Jesucristo, apareciéndosele con el mismo signo, le había mandado hacer una bandera (*labarum*), y servirse de ella cuando combatiere contra sus enemigos. Confianza en el Dios de los cristianos, Constantino había alcanzado la victoria. El Senado hizo erigir en su honor un arco de triunfo, y Roma le elevó una estatua donde estaba representado con una larga cruz en la mano, y esta inscripcion: «Por este signo saludable, emblema del verdadero valor, he librado á vuestra ciudad del yugo de la tiranía, y he restablecido el Senado, el pueblo y su antiguo esplendor.»

Unico emperador desde entónces en Occidente, Constantino partió de Roma á principios de 313, y pasó á Milan para casar á su hermana Constancia con Licinio, su asociado al imperio. Publicaron en comun un edicto que concedía plena libertad de conciencia á todos los partidos religiosos, y ordenaba restituir á las iglesias los bienes que les habían arrobataado. El Cristianismo, removidos estos obstáculos, podía, pues, desenvolverse libremente en el seno de aquel imperio romano que durante seis siglos le había sido tan hostil.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 78.

Eusebio no habla del edicto de 312; las restricciones provienen del edicto de 313 (Euseb., X, 5; Lactanc., cap. XLVIII). Segun este edicto, el pasar del paganismo á la Iglesia permanecía prohibido aún, y parece no referirse á los bienes eclesiásticos confiscados. Neander, p. 404; Keim, p. 83 y sig. Sobre la oposicion á Constantino, véase Lactanc., cap. XLIV; Euseb., Vita Constant., I, 23, 20; Soer., I, 2; Sozomeno, I, 3; Heinichen, Excurs. I in Eus., V; C. Lasari, De monogr. Chr. Constant., Rom. 1776; Palma, Prælect. I, part. II, cap. IV, p. 32; Euseb., Hist. eccl., IX, 9.

79. Comunmente se hace subir á diez el número de las persecuciones contra el Cristianismo. Se ha visto en esta cifra una analogia con las diez plagas de Egipto¹ y los diez cuernos de la bestia², figura de los diez emperadores que combatían contra el Cordero y han sido vencidos por él. San Agustín y Sulpicio Severo no están acordes en el número. El primero enumera las diez siguientes: 1.ª, la de Nerón; 2.ª, la de Domiciano; 3.ª, la de Trajano (Sulpicio pone la 4.ª bajo Adriano); 4.ª, la de Marco Aurelio (en Sulpicio la 5.ª); 5.ª, la de Septimio Severo (6.ª en Sulpicio); 6.ª, la de Maximino el Tracio (falta en Sulpicio); 7.ª, la de Decio (aquí están de acuerdo); 8.ª, la de Valeriano; 9.ª, la de Marco Aurelio (falta en Sulpicio); 10.ª, la de Diocleciano. Lactancio cuenta sólo seis grandes persecuciones.

En otro tiempo los cristianos se inquietaban por saber si sobrevendrían nuevas persecuciones. Algunos pensaban que ya no habría más hasta la venida del anticristo. San Agustín combatió esta opinion, que estaba tambien muy en boga en su tiempo, apoyándose en las palabras de Jesucristo, y en la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia, decía, sigue su peregrinacion en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Desde Jesucristo y los Apóstoles, y por consecuencia ántes de Nerón, ella sufrió y combatió; despues de estas diez persecuciones, han estallado otras nuevas, y la Iglesia, ya en un lugar, ya en otro, tendrá siempre que sufrir. La historia de la Iglesia le ha dado la razon.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 79.

Aug., Civ. Dei, XVIII, 52; Sulpicio Severo, Chron. II, 29-30. Este último dice, cap. XXXIII, p. 87: «Neque ulterius persecutionem fore credimus, nisi eam quam sub fine sæculi Antichristus exercebit.» Véase la opinion contraria en Aug., loc. cit., cap. LI, LII. Los autores de la Edad media cuentan tambien diez persecuciones, pero con alguna diferencia, como Gofrid. Viterb., Panth. XX (Migne, t. CXCVIII, p. 1012 et seq.) Véase Hugenholtz, «Udenam et quonam fundamentum nixa est vetus opinio de decem, qua dicuntur, persecutionibus? etc.» Concurso de Utrech, 1818. Otras obras: Chr. Kortholt, Tract. de persecutione Eccl. primitivæ, Jena, 1660, auct. Kil., 1689; B. Beverlii, Istoria delle persecuzioni nei primi quattro secoli, Venecia, 1763, in 4.º, t. II; Th. Ruinart, Præf. gen. in Acta mart. sinc.; C.-W.-F. Walch, De persec. christ. (Nov. comment. Soc. Goetting., t. II); Fr. Balduini, Comment. ad edicta vet. princip. Rom. de christ., Hal., 1727; A. Martini, Persecutiones christ. sub Imp. causæ et effectus, Rost. 1802.

¹ Erod., cap. vii y sig.

² Apoc., XVII, 1-14.

II. LA IGLESIA ATACADA CON LAS ARMAS DEL ESPIRITU.

La oposicion pagana.

80. El Cristianismo no fué atacado solamente con la espada material, sino tambien con las armas del espíritu. Esta lucha se siguió de dos maneras: 1.º Empleando sucesivamente bajo las más diversas formas la discusion séria y la mofa para batir en brecha al Cristianismo, á su Fundador, á sus partidarios, ya como hombres, ya como ciudadanos. 2.º Utilizando la filosofia para consolidar el paganismo, idealizarlo y espiritualizarlo, para animarlo con vida nueva y purgarlo de sus impuros elementos; dando á los mitos un sentido alegórico y hasta explotando ciertas nociones sacadas del Cristianismo. El primer medio fué llevado á cabo principalmente en el siglo segundo por diversos filósofos paganos en sus escritos; el segundo, por las escuelas neo-pitagóricas y neo-platónicas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 80.

Tzschirner, Fall des Heidenth., Leipzig, 1829; Kellner, Hellenism. und Christenth., Cöln, 1866; Mehlner-Gams, I, 263.

Celsus y Luciano.

81. La obra más importante acaso que se ha dirigido contra los cristianos es el *Discurso de la verdad*, escrita en dos libros por el filósofo Celso (siglo II). Lo que de ella conocemos por la excelente refutacion de Orígenes hecha en 247 revela, al lado de un lenguaje amargo y apasionado, mucha sagacidad y un gran talento de exposicion. La doctrina cristiana, á los ojos de Celso, es una mezcla de extravagancia judáica, de errores recientemente inventados, y de algunos preceptos morales, útiles sin duda, pero sacados de la filosofia griega. No ménos peligrosa á la ciencia que al Estado, tiene por órganos hombres llenos de coñecidad, cuyas extravagancias no pueden seducir sino á espíritus ignorantes y viciosos, á los esclavos, mujeres y niños, que concluyen por desparramarse en diferentes sectas. Celso hacía hablar desde luego á un judío contra los cristianos.

Este judío no ve en el Cristo sino un Goecio hebreo, nacido de un adulterio, y despues se constituye en juez entre cristianos y judíos. Sostiene el indiferentismo religioso, combate la doctrina de la resurreccion general y del fin último, de Satanás y de los ángeles, y da la preferencia

á la filosofia, principalmente á la platónica, así como al culto de los ídolos.

A los ojos de Luciano, epicúreo de Samosata (120-180), la creencia en los dioses y el Cristianismo son igualmente ridículos. Se mofa de los cristianos, que desprecian la muerte con el vano pretexto de que les espera una vida eterna; ridiculiza su caridad fraterna y su honradez, que explota el primer impostor que se presenta. En su *Peregrino Proteo* pone en escena á un impostor muy honrado de los cristianos á pesar de todos sus crímenes, asistido por ellos en una prision, y que, rechazado en seguida por haber comido un manjar prohibido, intenta hacerse morir por el fuego. Fuera de algunos detalles accesorios, sólo halla en el Cristianismo truhanería y fanatismo, cosas frecuentes en este tiempo.

Arriano, Marco Aurelio y su maestro Cornelio Fronton, tachaban tambien de fanatismo, de manía ó de mero hábito, el desprecio que los cristianos hacían de la muerte. Fronton admitía como cosa cierta los desenfadados desórdenes que se les imputaban. Del cínico Crescencio, avaro y dado á la pederastía, no tenemos noticias particulares.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 81.

Cels., ap. Orig. c. euméd., lib. I-VIII; Op., t. I, ed. de la Rue. Orígenes cree que Celso era el epicúreo amigo de Luciano; Neander, I, 81, le toma por un neoplatónico; Guericke, I, 96, n. 7, por un epicúreo que combatía con armas neoplatónicas. Véase Philippi, De Celsi philosophandi genere, Berol., 1836; Jachmann, De Celso, Regionont., 1836; Bindemann, en Illgens Ztschr. f. Theol., 1842.—Aonner Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol., h. 21.—Katholik, nov.-déc. 1863.—Luciani Op., ed. Lehmann, Lips., 1822, t. IX; K.-G. Jacob, Charakteristik Lucians v. Samos., Hambourg, 1832; Plank, Lucian u. das Christenth. (Stud. u. Krit., 1851, IV, 826 y sig.); Baur, Apollonius v. Tyana, Tubinga, 1832. Sobre este y Arrio, véase Neander, I, 86 y sig.; Guericke, I, 96; Fronton, en Minucio Félix, Octav., cap. ix, 31; Crescencio, véase Justin, Apol., II, 3; Taciano, Or., cap. xix; Euseb., IV, 16.

Filóstrato.

82. En el primer siglo, el mago Apolonio de Tyana había intentado, sin mucho éxito, propagar el neo-pitagorismo. En su biografía (escrita de 220 á 230), Filóstrato se presenta como un maravilloso reformador, un semi-Dios, igual á Jesucristo, ideal de un sér que se aproxima á la divinidad. Emprendió largos viajes, ganó los corazones con su doctrina y sus actos, y desapareció de una manera tan extraña que no se ha podido descubrir su tumba. Poco tiempo despues de la composicion de este escrito, á la vez polémico y favorable al movimiento sincrético que

dominaba entonces, Apolonio, idealizado así, fué honrado con santuarios y templos. Pero su culto fué tan impotente para ejercer seria influencia y detener los progresos del Cristianismo, como los antiguos misterios modernizados, y como la religión del Estado, reforzada con los cultos orientales. Lo que se había hecho con la vida de Apolonio, se hizo más tarde con las de Pitágoras, Porfirio y Jámblico.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 82.

Op. Philostrati quae supersunt, ed. G. Olearius, Lips., 1709; Baur, op. cit.; Rieckher (Stud. d. würtemb. Geistlichk., 1847); Müller, Zur, Apollon. Cit. (Ztschr. f. luth. Theol., 1865, III). Sobre el culto de Apolonio, Dio Cass., 77, 18; Vopisc., in Aureliano, cap. xxiv; Baur, op. cit., p. 132 y sig. Hierocles invocaba ya el paralelo de Apolonio con Jesucristo, y esta fué la única causa de la refutación de Eusebio. (πρὸς τὰ ὑπὸ Φιλοστράτου εἰς Ἀπολλώνιον τὸν Τυανέα διὰ τῆν ἱεροκλήτην παραχρησάμενος αὐτοῦ τε καὶ τοῦ Χριστοῦ σύγκρισιν, Philostr., Op. I, p. 428 y sig.; Migne, t. XXII, p. 706 y sig.) Los incrédulos modernos han tratado también de este paralelo: como Ch. Blount, en la traducción inglesa de los dos primeros libros de Filóstrato, con notas (Londres, 1680), y un alemán anónimo: Gewisheit der Beweise des Apollonismus, Francfort, 1787, contra el público Lüdewald el Anti-Hierocles (Halle, 1793). Véase también Wieland, Agathodæmon.

Los neoplatónicos.

83. En el tercer siglo, la escuela neoplatónica atacó al Cristianismo con más probabilidades de éxito. Las acusaciones calumniosas contra los cristianos habían perdido su intensidad, y los paganos se inclinaban á sentimientos más religiosos. Este cambio había sido provocado especialmente por Plutarco de Queronea, Numenio de Apamea, Máximo de Tiro, Apuleyo de Madauro, Epicteto, etc. En el neoplatonismo es donde la antigua filosofía reunió todas sus fuerzas para reanimar al paganismo espirante; creyó que su misión era demostrar que existía, á pesar de la divergencia de formas y superfluidades accesorias, unidad esencial en los diversos sistemas de la filosofía anterior; que la verdad estaba en todos; que se completaban los unos á los otros, y no encerraban las contradicciones que sus adversarios creían encontrar en ellos; que los diferentes cultos del paganismo no eran sino manifestaciones diversas de la misma divinidad; que la sola y única filosofía debía fundirse por completo en la sola y única religión.

Tratábase únicamente de purificar la creencia popular: 1.º, por la reducción de todos los sistemas religiosos á las verdades fundamentales que son comunes á todos; 2.º, por su unión íntima con la filosofía; 3.º, por las doctrinas sacadas del sistema cristiano; por la interpretación alegó-

rica de los mitos, que no eran sino la envoltura poética, pero ingeniosa, de verdades ocultas.

Se considera como el fundador de la escuela platónica de Alejandria á Ammonio Saccas (muerto en 243), apóstata del Cristianismo. Esta escuela exaltaba sobre todo á su discípulo Plotino, nacido en Nicópolis, de Egipto, hácia el 205, y muerto en 261, el cual trazó en sus cincuenta y cuatro libros (6 ennéadas), los verdaderos principios de este sistema, opuestos directamente al materialismo, al escepticismo y al gnosticismo. Su punto de vista es el idealismo de la filosofía platónica, pero defendido con mayor amplitud.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 83.

Ammonio Saccas (Saccophoros) debe haber sido precedido de otros maestros; según Suidas, habría tenido por antecesores á Potamon, del tiempo de Neron; y á un cierto Ammonio el Antiguo, bajo Vespasiano (Eunap. in Proem.). Sobre su escuela, véase también Focio, Bibl., cod. 214, 251.

84. Véanse aquí los principales lineamientos de este sistema: 1.º La percepción sensible no encierra verdad alguna; no hay más verdad que las cosas supra-sensibles reconocidas por la razón. Ahora bien; la razón conoce las cosas supra-sensibles, no por la experiencia externa, por el desenvolvimiento de las ideas y por el razonamiento deductivo, sino por el sentido interno, por la intuición directa del espíritu (*intuitus immediatus, theoria*). El objeto es producido por el pensamiento, cuando el alma, esclarecida por la inteligencia divina (*nous*), se recoge y refleja sobre sí misma; ella se eleva entonces, se simplifica, y, saliendo de sí, se hace una con el objeto contemplado. Esta visión incomprensible no puede aprenderse ni enseñarse; viene de Dios bajo la influencia del ascetismo y la teurgia. Por esta intuición, la razón conoce lo supra-sensible y divino.

2.º El bien absoluto y supremo, la divinidad superior, se llama la unidad, el principio de todo ser y de todo pensamiento, la potencia absoluta; no es la individualidad ni la generalidad; no tiene cualidad, ni propiedad, ni forma; es el ser indeterminado y abstracto, el ser puro, inominado, incomprensible. Todo viene de este Uno trascendente, que se llama asimismo el Bien. Es nada y puede llegar á serlo todo; es todo y nada á la vez; es la plenitud, la superabundancia; pero todavía encerrada en sí misma como en un punto.

3.º Mas en cuanto es principio de vida, el ser absoluto debe producir algo fuera de sí, y el espíritu (*nous*) emana de él como su copia; este es el segundo principio divino, especie de reflejo, semejante al resplandor que rodea al sol, el cual permanece inmóvil por sí mismo. El

espíritu es la imagen de la unidad, lo mejor después de ella, y que va siempre unido á ella. El espíritu también posee la unidad, pero no la unidad absoluta; es la unidad y la dualidad; en él reside la duplicidad del pensamiento y del sér. Ahora bien, el objeto pensado está infinitamente diversificado. Cuando el espíritu mira la unidad, que es la posibilidad de todo sér real, cuando la piensa, lo posible toma forma determinada y circunscrita; de aquí nacen las ideas (*species, noeta*), que se distinguen entre sí, pero que el espíritu trae á la unidad.

Esta concepción de la diversidad infinita del objeto pensado y del sér se llama el mundo ideal (*cosmos noetos*), la plenitud de las ideas que se encierra en el segundo principio divino (*nous*).

4.º El tercer principio divino es el alma (*psyche*, alma primitiva), imagen del *nous*, con el cual sostiene las mismas relaciones que el *nous* con la unidad. Este alma universal del mundo produce moviéndose las almas particulares que son como las especies de que aquella es género. El alma universal es el arquitecto del mundo sensible (*cosmos aisthetos*), así como el espíritu es el arquitecto del mundo de las ideas (trinidad de Plotino). El mundo sensible es el reflejo del mundo ideal, su tipo y su modelo; contiene los tipos del mundo de los fenómenos, y todo lo que éste encierra, se halla en el ideal como en su fuente.

5.º Pero como las ideas particulares, fuera de su unidad en el espíritu, tienen existencia propia, el mundo ideal é inteligible es al mismo tiempo concebido como mundo de los espíritus.

Este mundo comprende: *a.* los dioses supramundanos, invisibles, inmateriales, puramente espirituales; los dioses que habitan en el mundo, dioses cósmicos, visibles, sensibles, que rigen como etharcas las diversas partes del mundo, y se nombran dioses parciales: *b.* los demonios, buenos y malos; *c.* las almas humanas.

6.º El mundo de los sentidos proviene de que el alma del mundo recibe de los espíritus formas intelectuales, y produce una imagen debilitada (*eidolon*) de las ideas que contempla en sí misma: el alma inferior es la que siente y percibe (*aisthesis*). De ella proviene la fuerza generatriz de la naturaleza, la vida física. El alma descendiendo cada vez más al fondo de las formas subordinadas, hasta que se derrama en la materia, que es la representación exterior de las ideas.

La materia (*hyle*) es el último término de este desenvolvimiento, el elemento negativo, vacío, informe. El alma se hace mala entrando en la materia y saliendo de lo absoluto. Sin embargo, esta separación, este carácter finito de que se reviste, es necesario para el desarrollo de los grados inferiores.

7.º El hombre fué producido cuando el alma, abandonando su

estado anterior y perfecto (preexistencia), quiso ser una cosa aparte y distinguirse de su origen. Esta caída puede considerarse, ya como voluntaria, ya como involuntaria; pero el libre movimiento no parece excluir sino la coacción exterior, y no la necesidad interna. Cuando el alma se vuelve hácia la naturaleza sensible, cae bajo su dominio. Distinguese en el hombre un alma racional y superior, y otra inferior y física. Su destino es volver al mundo inteligible, y del mundo inteligible al *Uno*. El medio de llegar allí es huir del cuerpo y convertirse al bien, á la virtud, cuyo grado más alto es el éxtasis, la unión mística con Dios.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 84.

Baur, *Gnosis*, p. 417 y sig.; Neander, *Ueber die welthist. Stellung Plotins*. (Abhdlgn. der Berl. Akad., 1845); Dähne, *Gesch. der alex. Rel.-Philos.*, Halle, 1834; K. Vogt, *Neuplatonism. u. Christenth.*, 1836; Thomasius, *Orig.*, p. 16 y sig., 334-358; Reinhold, *Gesch. der Philos.*, t. 1, p. 521 y sig. — Massuet, *Diss. I in Iren.*, cap. 1, n. 29 et seq.; Wörter, *art. Neuplatonism.*, en *Freib. Kirchenlex.*, t. VII, p. 539 y sig. — Plotini *Op. omnia*, ed. Oxon., 1835, 3 vol.

Porfirio, Hierócles, etc.

85. Si todavía no se notaba en Plotino hostilidad contra el Cristianismo, no había de tardar en revelarse, por la decisiva razón de que el Cristianismo no se deja tratar como las demás religiones, de que rechaza toda tentativa de amalgama, y se considera la única Religión legítima. Añádase que cuanto más se acomodaba este sistema panteísta y místico al politeísmo pagano, tanto más impulsado debía ser á combatir á la Religión cristiana. Por esto vemos ya á Porfirio de Tiro (muerto en Roma en 304), discípulo de Plotino, componer contra el Cristianismo, á pesar de hallarse imbuido en muchas ideas cristianas, una obra en quince libros. Saca la mayor parte de sus objeciones del Antiguo y Nuevo Testamento, intenta poner á los Apóstoles en contradicción consigo mismos, combate la narración de la vida de Jesús y de sus milagros, los dogmas de la Resurrección y la eternidad de los castigos. Lleno de odio contra el Cristianismo, del cual había apostatado, según San Agustín y otros, se esfuerza por demostrar que la teodicea pagana, tal como se halla especialmente en las sentencias de los oráculos, es rigurosamente conforme con la razón y la verdadera filosofía; en cuanto á las impurezas mitológicas trata de desembarazarse de ellas con interpretaciones físicas y alegóricas.

Muchos neoplatónicos miraban á Jesucristo como un sabio y un

teurgo, y al Cristianismo como una alteración de su doctrina, la cual habría sido en un principio enteramente conforme con la de Platon. Sus discípulos la entendieron mal y se equivocaron haciendo pasar á Cristo por un Dios. En cuanto á Jesucristo, su equivocacion consistía, segun ellos, en haberse aproximado al judaismo en lugar del paganismo.

Hierócles, gobernador de Bitinia y despues de Egipto, se mostró más acerbo é injurioso todavía en sus dos libros intitulados: *Discurso sincero á los cristianos*; en ellos rebaja la persona de Jesucristo y la postpone en mucho á la de Apolonio de Tiana (303). Un anónimo, cuyo libro se ha perdido, escribió igualmente contra los cristianos.

A Plotino y Porfirio se acerca Jamblico de Calcis (muerto en 333), y á este último los retóricos y sofistas Libanio, Himerio y Temistio. Los paganos intentaron buscar argumentos contra los cristianos en las escrituras órficas, igualmente empleadas por los judíos, despues en Hermes Trimegisto; y por último en sus propios oráculos. Hacíase mucho uso de las obras del judío Filon. La especulación alejandrina ejercía poderosa influencia tanto sobre las sectas heréticas cuanto sobre algunos doctores cristianos que intentaban purgarla de los elementos hostiles á la fe. El neoplatonismo es indudablemente lo que el paganismo de entónces podía oponer de más grave á la verdad cristiana.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 85.

De Porfirio, *Katá ὑποτάκτων λόγια δ*, hallamos fragmentos en Eusebio, Hist. eccl., VI, 19; Præp. ev., I, 9; IV, 6; V, 5; X, 9; Dem. ev., III, 3, 6, y otras partes; Ang., Civ. Dei, X, 26-28, 30, 32; XIX, 23; Theod., Græc. affect. curat., lib. XII (Migne, t. LXXXIII, p. 1152). Cf. Lactanc., V, 2, 3; Eunap., Vita Porphyr., Socr., III, 23. Lo que este último dice de la apostasia de Porfirio se halla tambien en Niceforo, X, 36, que invoca el testimonio de Eusebio y de San Agustín, Civ. Dei, X, 28. Véase aquí como San Agustín interpela á Porfirio: «*Quam (virtutem et sapientiam) si vere ac fideliter amasses, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam cognovisses nec ab ejus saluberrima humilitate, tumore inflatus vanae scientie, resiliisses.*» Las refutaciones de Metodio, Eusebio, Apolinario de Laodicea y Filostorgio (Hier., Catal., c. LXXXIII; Ep. LXXXIV ad Magn.; Ep. XLIV, al 65, ad Pammach.; Praef. in Dan. Philost., VIII, 15) se han perdido, lo mismo que los quince libros de Porfirio, que Teodosio II condenó más tarde al fuego (449). Cf. Holsten., De vita et scriptis Porphyrii, Roma, 1630; Fabricio, Bibl. gr., t. IV, p. 207 et seq.; Porphyr., Ep. ad Marcellam, ed. A. Maius, Mediol., 1816; Neander, I, p. 93-95; Ullmann, Einflüsse des Christenth. auf Porphyrius (Stud. u. Krit., 1832, II, p. 376 y sig.). Wolf, Porphyrii reliquiae, Berol., 1856. Sobre Hierócles, véase Lactanc., De mort. persec., cap. xvii; Inst., V, 2; Eus., C. Hierocl.

Los apologistas.

86. Ante estos ataques y esfuerzos del paganismo, los representantes de la Iglesia no permanecieron inactivos. Muchos cristianos sabios é

ilustres compusieron en griego hasta el segundo siglo, y desde el tercero en latin apologías que dirigieron, ya á los emperadores y autoridades, ya á sus contemporáneos; gran parte de ellas ha llegado hasta nosotros. El autor de la Epístola á Diognete, discípulo de los Apóstoles, refuta con tanto acierto como sencillez y nobleza las diversas objeciones lanzadas contra el Cristianismo; el filósofo Justino, en un cuadro lleno de atractivo y brillantez, defendió la causa de la Iglesia ante los emperadores. Su discípulo Taciano, que más tarde cayó en la herejía, quedó muy inferior á él, y por su acrimonia (en que solamente le superó Hermias) exasperó á los paganos en lugar de convencerlos. Debemos tambien otras apologías al sabio Atenágoras, que escribió al mismo tiempo un excelente tratado sobre la Resurreccion, á Teófilo de Antioquia, á los alejandrinos Clemente y Orígenes, y á los africanos Tertuliano, Cipriano, Arnobio y su discípulo Lactancio. Tertuliano se distingue por el rigor lógico y jurídico de su demostracion, lo mismo que Minucio Félix por la elegancia de estilo que caracteriza su diálogo *Octavio*.

Las *Instrucciones* de Commodiano, en verso poco armonioso, atestiguan la energía de su fe y la humildad y piedad de su alma.

ADICION.

Minucio se pasea una mañana á orillas del mar, en Ostia, con el cristiano Octavio, y el pagano Cecilio: los tres interlocutores miran al principio á los niños que se divierten haciendo deslizar sobre la superficie del mar piedras planas. Despues Minucio se sienta entre sus dos amigos. Cecilio, que había saludado á un ídolo de Serapis, pregunta por qué los cristianos se ocultan; por qué no tienen templos, ni altares, ni imágenes; cuál es su Dios, de dónde viene, dónde reside ese Dios, único, solitario, abandonado, si quien ninguna nacion libre concede, Dios de tan poco poder, que es cautivo de los romanos con sus adoradores.

Los romanos, sin este Dios, reinan y gozan del imperio del mundo. Vosotros, cristianos, no usais perfumes, no os coronais de flores, estais pálidos y temerosos, no habeis de resucitar como lo creéis; sin embargo, no vivís sino esperando esta vana resurreccion. Octavio responde que el mundo es el templo de Dios, que una vida pura y unas buenas obras son el verdadero sacrificio. Refuta la objeccion sacada del engrandecimiento romano, y convierte en favor de los discípulos del Evangelio la reconvenccion de pobreza que se les dirige. Cecilio se convierte.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 86.

Corp. apolog., ed. Maran., O. S. B., Paris, 1742; Venecia, 1747; ed. Otto, Jena, 1847 y sig.; Migne, Patr. gr., t. VI; Moehler, Patrol., I, p. 188 y sig.; Werner, Gesch. d. apol. u. polem. Literatur, Schaffhouse, 1861, t. I. Se han perdido las apologías de Cuadrato y Aristides (v. más arriba, § 54), de Cláudio Apolinar, de Mileiades (Eusebio, IV, 27; V, 17); de Meliton de Sardes (la version siria, publi-

cada por Cureton, Londres, 1865; véase Pitra, Spiell. Solesm., t. II; Tüb.-Q.-Schr., 1862, p. 392), difiere del fragmento dado por Eusebio (más arriba, § 58). Sobre Justino, véase Arendt, Tüb.-Q.-Schr., 1834, II; Semisch, Justin, Breslau, 1840 y sig., parte II; Otto, De Justino M., Jena, 1841; Bonner Ztschr. N.-F., 1841, III, p. 171 y sig.; Stieren, Illgens Ztschr., 1842, I. Sobre Taciano, O. ad Græc. (ed. Worth, Oxon, 1700), véase Daniel, Tatian der Apologet, Halle, 1838. — Hermias (Diasyrmus s. irisio gentil. philos., ed. Menzel, Lugd. Cat., 1840) explica el pasaje I Cor., III, 19, á propósito del examen que hace de los sistemas filosóficos. Algunos, como Menzel, pretenden que este escrito es del siglo V y procede del historiador Sozomeno; pero es probablemente de fines del siglo II, ó por lo ménos del III. Mochler, Patrol., p. 304; Alzog, Patr., 2.ª ed., p. 85; Athenagor., Legatio (gr. *περίετα*) pro christ., y De resurr. mort. Cl. Mosheim. De vera aeta te apol. quam Athenag., etc. (Diss., vol. I, 269). Clemente (más abajo, § 173); Origenes (más arriba, § 81); Tertulian., Apolog. — Ad Nation., libri II, — ad Scapul., etc. Véase Hefelé, Tertulian als Apologet, Tüb.-Q.-Schr., 1838, I; Beitr. z. K.-G., I, Cyprian., De idolorum vanitate, — lib. ad Demetrianum, etc.; ed. Hartel, Vindob., 1868, vol. III, part. I; Arnob., ed. (Ehler, Lips., 1846; ed. Reifferscheid, Vindob., 1875; Lactanc., Gallandi, t. IV; Migne, Patr. lat., t. VI, VII; Cf. Hier., Ep. XIII ad Paulin.; Minucio Félix, Octav., ed. Kayser, Paderb., 1862; ed. Halm., Vindob., 1867; Commodiani Instructiones, Gall., t. III; ed. Ehler, Lips., 1847. Rigaltius lo coloca en el cuarto siglo, pero la mayor parte (Dodwel, Saxe, Bæhr, Møhler), le señalan el tercero. Véase Ronsch, Ztschr. f. hist. Theol., 1872, II; 1873, II.

87. Estos apologistas se dedicaron sobre todo á mostrar la injusticia de los malos tratamientos causados á los cristianos, y la vanidad de las acusaciones dirigidas contra ellos. No piden que los crímenes que se les atribuyen ó se prueben, permanezcan impunes, sino solamente que no se les persiga á causa de su nombre y por el hecho de llamarse cristianos. Prueban que su negativa á sacrificar ante la estatua del emperador, á jurar por su númen, no es señal de que los cristianos sean un peligro para el Estado, ni de que se rebelen contra él. En todas las cosas licitas están sometidos á las autoridades; ellos pagan religiosamente los impuestos y tributos, ruegan con fervor por la prosperidad del imperio y de sus jefes, se interesan en el reposo y seguridad de los emperadores, muchas veces á costa de su fortuna y de su vida, siendo en esto distintos de sus acusadores, que con frecuencia traman y ejecutan sigilosamente planes de rebelion contra los mismos emperadores á quienes han fatigado con sus adulaciones.

Demuestran tambien que la ignorancia y la malicia son las únicas que pueden atribuir á los discípulos de Jesucristo los crímenes más groseros; que los rumores más absurdos, propagados por enemigos irreconciliables, son acogidos con avidez por el crédulo populacho; que los verdaderos fieles, á quienes se confunde con los herejes, son por doquiera desconocidos y mal juzgados.

Lo que bastaría para demostrar su inocencia es que la tortura, que

sirve para arrancar el testimonio de sus crímenes á los malhechores, se emplee para obligar á los cristianos á la apostasia; no se les puede convencer de ninguna falta grave, y sus mismos enemigos se ven obligados, á pesar suyo, á admirar sus virtudes. No se sabría cómo acusar de impiedad á hombres que no adoran ídolos inanimados, obra de las manos de los hombres, y que sólo honran y glorifican al verdadero Dios, Criador de todas las cosas, de una manera digna de Él; no se sabría cómo acusar de incesto á aquellos que de tal manera están apartados de la inmoralidad, que evitan con cuidado todo lo que pudiera dejar la más ligera mancha en la pureza de su corazón (teatros, fiestas desordenadas, etc.); que practican la castidad hasta en el matrimonio, de los cuales muchos viven en continencia y virginidad, cuya sobriedad y templanza eclipsan á las más celebradas acciones de los filósofos. ¿No es éste el más brillante elogio de estos hombres calumniados? ¿Cómo imputar el asesinato de los niños, los festines de Tyeste á aquellos que están obligados á abstenerse hasta de la sangre de los animales y de las carnes ahogadas, que huyen de los combates sangrientos de los gladiadores, de los lugares donde se ejecuta á los criminales, que aman á sus prójimos como á sí mismos, y prefieren morir ántes que causar la muerte á otro?

Dícese que los cristianos temen la luz: ¿se ha censurado jamás á los helenos y bárbaros por tener sus misterios secretos, y á la filosofía por enseñar doctrinas esotéricas? Por lo demás, la doctrina de los cristianos no es secreta: es conocida del mundo entero, está en boca de todos mucho más que los sistemas de los filósofos. Y no ocurre entre los cristianos como entre los paganos: sus acciones son conformes á su creencia. Si se sospecha del Cristianismo á título de novedad, los apologistas responden mostrando su enlace con el mosaismo, el cual es más antiguo que todas las escuelas helénicas; alegando la religion primitiva, que aunque desfigurada por la idolatría, ha dejado en ésta, sin embargo, más de un vestigio que todavía se puede reconocer; las doctrinas de los mejores filósofos, que ofrecen más de una semejanza con las enseñanzas del Cristianismo; los oráculos sibilinos y otras escrituras antiguas utilizadas por los paganos.

Se acusa á los cristianos de ser la causa de las desgracias del imperio; pero estas desgracias no coincidían con la propagacion del Cristianismo, y en cuanto á las calamidades presentes, ellas no prueban sino una cosa, á saber: la impotencia de los dioses para proteger á sus ministros y sus templos. El número de estas calamidades se ha disminuido notablemente por el Cristianismo, ya porque se cometen ménos pecados, ya porque hay mayor número de interesados cerca de Dios, y porque la misericordia divina se muestra más compadecida.